

4-Dic-1985

De Los Pobres

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA



Se presentaron, el viernes de la semana pasada y el martes de esta, ante los diputados, el secretario de Hacienda y el de Programación y Presupuesto. Explicaron los fundamentos de la política económica del gobierno para el próximo año. Sus intervenciones fueron discutidas durante sesiones de larguísimas horas por los legisladores de los nueve partidos. A través de la radio y la televisión se tuvo noticia directa de esos acontecimientos, repetidos cada año, y por medio de la prensa se pudo tener, en los días siguientes, acceso a nuevas informaciones y reflexiones sobre los temas allí abordados.

En la feria de palabras en que consisten las comparecencias, es posible hallar de todo, desde argumentaciones lúcidas que explican el porqué se adopta tal medida o se deja de adoptar tal otra, hasta intentos de justificar lo injustificable. No debemos desdeñar, en modo alguno, semejante ejercicio político, parlamentario, pues mientras más estén sujetos los secretarios al escrutinio público, mayor esfuerzo deberán realizar para realizar de manera más adecuada su trabajo. Sin embargo, nos parece claro que la traducción de lo que se dice en la Cámara al lenguaje propio de la gente común, la que se afana por conseguir mejores modos de vida, o de contrarrestar los estragos de la carestía tropieza con el obstáculo, insalvable casi, de que la realidad cotidiana tiene escaso parentesco con las proposiciones formuladas en el Congreso por los miembros del Gabinete económico.

Un hecho irrefutable es que los mexicanos están empobreciendo, en su conjunto, como nunca lo habían hecho antes. Salvo un puñado de privilegiados, dueños de empresas que se cotizan en bolsa y cuyas utilidades registradas en las lomjas bursátiles revelan crecimientos es trepitosos e inverosímiles, la enorme mayoría de los mexicanos que trabajan hallan dificultades cada día mayores para completar el gasto. No es posible que en una economía en depresión se conozca el caso del propietario de una cadena de mueblerías y otra de periódicos que en esos negocios haya amasado una fortuna calculada en mil millones de pesos. El dato es creíble porque lo difundió la agencia noticiosa internacional UPI en la serie de informaciones aportadas con motivo de la compra de esa misma agencia por el señor Vázquez Raña, que en una sola operación invirtió e invertirá en los próximos años más de cuarenta millones de dólares en un negocio que no creará un solo empleo en México, pero que se hace con dinero ganado aquí, mediante el esfuerzo de los empleados del señor Vázquez Raña.

Salvo situaciones como la suya, decimos, y la de otras personas identificables, la muchedumbre de los trabajadores del campo y de la ciudad sufren penuria creciente. El poder adquisitivo de los asalariados, dijo el Congreso del Trabajo, se redujo durante 1985 en alrededor del 80 por ciento. Para que la capacidad de compra de quienes obtienen un salario se pusiera al mismo nivel que el año pasado, se requeriría aumentar sus salarios en esa proporción, lo que no ocurrirá ni remotamente. Pero aun si ese fenómeno extraordinario tuviera lugar, sólo beneficiaría a una porción de quienes viven de su trabajo, pues los no asalariados forman legión en nuestro país. Sobresalen entre ellos los jornaleros del campo, y los cultivadores —cualquiera que sea

la forma de tenencia de la tierra bajo la cual se—amparen de productos agrícolas que no son regulados por las agencias gubernamentales. Estos millones de mexicanos, sufrientes durante toda su vida, ni siquiera se pueden dar el lujo de formular reclamaciones legítimas, porque su invertebración social lo impide, y se añade a la suma de lacras que los hacen estar en la marginación.

Tal disminución de las capacidades adquisitivas afecta aun a sectores que durante las últimas décadas fueron bien tratados por el modelo de desarrollo prevaleciente en nuestro país. Una familia de clase media, por ejemplo, podía hasta hace unos cuantos años aspirar a la compra de un automóvil, o más de uno, con relativa facilidad. Hoy es imposible. El más barato en el mercado cuesta ya cerca de dos millones de pesos, y aun los de uso tienen precios inalcanzables para los sueldos prevalecientes en el mercado donde este género de trabajadores se emplea. Uno de ellos, muy socorrido, es el de las universidades y otros centros de enseñanza superior. A tal estamento de la sociedad ha golpeado con especial rigor la reducción de la capacidad adquisitiva de los salarios, con efectos multiplicadores de largo alcance.

Al ser elegido rector general de la Universidad Autónoma Metropolitana, el doctor en ingeniería Oscar González Cuevas subrayó la semana pasada la gravedad de ese fenómeno. Los mejores cuadros buscan salir de las instituciones universitarias en pos de mayores remuneraciones. Se quedan en esas casas, por consecuencia, sólo quienes tienen muy acendrada conciencia de la necesidad social del trabajo académico, o quienes por la especificidad de su campo de acción o la insuficiencia de sus talentos no encuentran otro lugar de trabajo que las universidades o sitios similares. El efecto que sobre todo esto último produce sobre la calidad de la enseñanza es tan obvio que ni siquiera es necesario razonar sobre su trascendencia.

Con todo, quienes tienen un empleo, por bajo que sea su remuneración disfrutan de un privilegio, comparados con quienes ni siquiera alcanzan lugar en los mercados de trabajo. El número de jóvenes que arriban a la edad productiva, con calificación o sin ella, y no hallan acomodo, es creciente. Su problema es vital. No son cifras, simplemente. Son personas a las que la falta de una ocupación les cierra el camino de su propia realización. ¿Cómo se enfrenta a la vida un muchacho si deambula por las calles en busca de un empleo que no encuentra nunca, o si tiene que agotarse en largas esperas en busca de una oportunidad?

Estos son sólo algunos de los temas que preocupan a la gente de la calle, en relación con los asuntos discutidos en los días recientes en el Congreso. Se trata de dos formas de ver una sola realidad entre las cuales no parece haber conciliación posible. Por eso no es de extrañar que a la gente del llano no sólo le resulten incomprensibles las explicaciones oficiales sobre la crisis, sino que incluso les provoquen irritación.

Sin duda establecer las causas de un fenómeno es avanzar hacia su tratamiento más adecuado. Pero a los mexicanos simples, como somos la mayoría, nos importa menos conocer las circunstancias de la economía internacional que han determinado nuestra propia crisis que hallar los remedios aptos para enfrentarla. Este extremo es el que debiera quedar claro a las autoridades del ramo. En materia de gobierno, como en casi todo los demás, las buenas intenciones no cuentan. Si la población no tiene empleo suficiente, y su despena, cuando la hay, se queda cada día más insatisfecha, y por consecuencia la desnutrición y el hambre afectan a cada vez más personas, la sola descripción de estos hechos constituye el juicio más acabado, y contundente, contra una política económica.